



# Guillermo Feliú Cruz y Omer Emeth

Un lugar común muy difundido entre gente de juicio superficial es que los investigadores, los estudios que pasan la vida ordenando bibliografías y generalizando textos raros, son hombres insensibles, secos de alma y faltos de calor humano. La realidad es muy diferente, y se explica: la sociedad de los libros, lejos de agostar la sensibilidad la afina, y en vez de disecar la vida la refresca y la torna más curiosa. Por algo los libros son otros vivos. Los buenos libros, se entiende.

Aquí tenemos el ejemplo de Guillermo Feliú Cruz, profesor, ex Director de la Biblioteca Nacional, miembro de la Academia de la Lengua de Venezuela y autor de muchas obras de investigación y crítica. En un tomo de poesía literaria, El papel impreso ha sido el horizonte de toda su vida; un horizonte móvil, de colores frescos y tan amplio que, dentro de su círculo, el hombre cabal respira a pleno pulmón. En vez de un "ratón de biblioteca", tenemos con Feliú Cruz al estampos obligado a imágenes plásticas un cóndor a cuyo ojo percipar, dominador de vasto panorama, no escapa el documento valioso ni la lectura de poca calidad.

El trabajo de este crítico es audaz e imponente. A sus muchos libros acaba de agregar tres gruesos volúmenes con el título de "Historia de las fuentes de la bibliografía chilena". Abrama pensar en las infinitas horas de trabajo minucioso y de paciente rebuena a que le ha obligado la enorme documentación que Guillermo Feliú ofrece metódicamente clasificada. La historia literaria de Chile no podrá levantarse sino sobre esas cimientos sólidos y vastos. Hay que poseer un cierto amor por las letras para entregarse a un trabajo así, que sólo puede ser apreciado detenidamente por el peculiar círculo de especialistas.

Poco Guillermo Feliú Cruz no ha compuesto únicamente una obra bibliográfica. También ha hecho crítica literaria y ha pintado los retratos de quienes le han precedido en el oficio. Desgraciados del conjunto, esos retratos y esas críticas forman monografías de palpitante interés para un público lector más amplio que el estrictamente bibliógrafo.

El primero de estos trabajos es el titulado "Emilio Valste, (Omer Emeth)", aménísimo estudio de 86 páginas en que la figura del escritor francés está pintada con los vivos colores y la sensibilidad de artista a que nos referimos al comienzo de esta crónica.

Sólo podemos conocer de vista a Don Emilio y tenemos presente su estampa recia. Una vez cambiamos con él unas cuantas palabras en la Biblioteca Nacional. Puzamos a preguntarle si dispona de alguna fotografía de Claude Ferrere. Nuestro pedido lo atardecó:

No dice Guillermo Feliú Cruz en qué año conoció personalmente a don Emilio Valste, pero debe haber mantenido con él una larga amistad, pues la semejanza que nos ocupa revela un cabal conocimiento de la persona. Don Emilio era un carácter, un espíritu original y recio, un alma concedida de entusiasmo. Todos estos aspectos se revelan vigorosamente en el estudio viviente, lleno de calor y de penetración psicológica que Guillermo Feliú Cruz le consagra con lo mejor de su estilo claro y chipante.

El personaje se nos aparece con tanta plasticidad y vida, como si fuera tratado por un maestro de la novela. Nos intriga. Queremos saber cómo se conformó con el acclimatación de su patria durante tantos años, cómo se acomodó a ambientes juveniles, cómo se convirtió en el maestro de un idioma que no era originalmente el suyo. Todas esas curiosidades Feliú Cruz las satisface con vivacidad y cuidadoso detalle. Su trabajo está inspirado en una gran simpatía humana y en un profundo respeto intelectual.

Llamo a Valste "una personalidad subyugante". Y en efecto, así aparece en este libro. Don Emilio, más conocido por su pseudónimo de Omer Emeth,

es un bibliógrafo apasionado, pero, por sobre todo, un refinado gustador del arte. "Se manifestó sensible a las emociones estéticas del arte —dice su biógrafo—, en la poesía, en la prosa, en cualquiera manifestación de belleza, de la inteligencia y de la naturaleza. El formidable —humano— había comprendido el ideal de lo bello en la gracia, en la armonía, en la serenidad de su estampa griega y latina. Su espíritu guía le dio vivacidad y agilidad para comprender las modernidades de los estilos y de la forma".

Antes de entrar a la biografía del personaje, Feliú Cruz estudia los antecedentes de la crítica literaria en Chile, y sus páginas son modelo de sencillez y de claridad. Luego nos informa acerca de la vida de Omer Emeth antes de llegar a Chile, tarea no fácil, ya que "por humildad o por soberbia —el límite es imperceptible— Emilio Valste esquivó ferrocemente referirse a su vida". Nació en Castres (Francia) en 1869 y muy joven entró al Seminario de su ciudad natal. En 1889 ingresó al Seminario de los Padres Lazaristas de París "Fue un buen teólogo y filósofo —nos dice su biógrafo—; se reveló con capacidad excepcional para el aprendizaje de las lenguas muertas y vivas; descubrió en el estudio de la historia; demostró interés por las ciencias físicas y matemáticas y predilección por las ciencias naturales. Todos los ramos que la exigencia del sacerdocio le imponía con la severidad más inescusable, la poderosa capacidad de Valste los ganó con distinciones. Descubrió para el estudio una inteligencia ágil, rápida, comprensiva, relacionadora, y una imaginación brillante, plástica, creadora. Le ayudaba una memoria potente y retentiva. El seminarista esquivó en los aulas la disciplina intelectual y también esta otra poderosa para renunciar sin ningún dolor al goce de las cosas y de los bienes materiales".

El padre Valste fue destinado a Chile, y las dotes que Feliú Cruz enumera le permitieron convertirse rápidamente en un conocedor profundo del idioma castellano. Después de una temporada en Chile, va al Perú y vuelve a Chile para ocupar el cargo de vicopárroco de la iglesia del Espíritu Santo en Valparaíso. Creyéndose enfermo y necesitado de alianza, va en 1890 como párroco a San Pedro de Atacama. Tres años permanece en ese oasis, fascinado por el paisaje grandioso, desconcertado de irracionalidad por leer a sus amados autores clásicos, sirviendo con eficiencia y humildad a sus feligreses, en aquel tiempo muy ahilados del resto del mundo. El padre Le Paige nos ha mostrado la firma de don Emilio Valste grabada en un vidrio de la manopla parroquial. En un momento de abandono, acaso de melancolía, el sacerdote llamado a ser una cruz ascética en las letras chilenas, dibu-

jó su nombre mientras sus ojos se perdían en el imponente panorama de volcanes.

No podemos, en una crónica, seguir los pasos del gran intelectual cuya figura Feliú Cruz evoca con pluma maestra. Su labor en la Biblioteca Nacional y en el periodismo fue incansable. Sus años de capellan en el Hospital de San Vicente le relacionaron con médicos famosos, entre los cuales el eminente profesional y abnegado apóstol doctor Carlos Fernández Peña fue uno de sus más íntimos amigos. No tardó don Agustín Edwards MacClure en descubrir el valor de la inteligencia y la sabiduría de don Emilio Valste y en comprender los servicios que podía prestar en sus grandes planes de renovación periodística. Como crítico literario de "El Mercurio", director de "El Petisco" y "Famula", redactor de la revista "ZigZag", el arduo trabajo de Omer Emeth se hizo famoso y firmó una inmensa obra a través de largos años.

Cuando jubilé quiso volver a su patria, París a Francia en 1930, a los 70 años de edad. Desde los alrededores de París, donde se instaló, envió a sus amigos de Chile cartas que hoy cobren palpitante actualidad. Leamos el siguiente pasaje de una de ellas: "El chico —escribo— no es ni suegra de lo que era cuando años atrás. Antes era demoffio, ahora es democrita. En estas peores momentos, en el departamento del norte, fomenta, en unión con los comunistas, una huelga enorme contra los patrones de esa región (...). Don patronos está en una situación ridícula, pero trágica: premia una virtud cristiana y los intérpretes oficiales del cristianismo le salen observando que esa premio constituye un atentado a la dignidad humana (...). Lo que yo entiendo es que con eso quieren adquirir independencia, haciéndole la corte al populacho e imitando a los publicistas profesionales, explotadores del pueblo..."

Tenía don Emilio, cuando era necesario, una ruda franqueza de expresión. Detenemos al lector juzgar la rigidez de estas líneas y la valentía moral de Omer Emeth. Y su vida en Francia? Había perdido parentes y amigos. Sintió el peso de la soledad y regresó a Chile al cabo de tres años, cumpliendo así lo que valdizara al decir: "Razones de corazón me trajeron de nuevo a esta segunda patria mía". El sufre crítico y bibliófilo que durante tanto tiempo sirvió con sabiduría y conciencia inflexible a nuestra cultura falleció en Santiago el 27 de septiembre de 1933.

Tan rica de observaciones y de ideas es el estudio que Guillermo Feliú Cruz dedica a Omer Emeth, que sólo nos es posible referirnos ligeramente a algunos de sus aspectos. Pero podemos, esto sí, reconocerlo culturalmente, como una obra de alta calidad intelectual, a todas las que sin procedimiento ni mistificaciones se interesan por nuestra cultura cultural.

Salvador Reyes

EL Mercurio. 19-Mayo-1969. pag 27

623009

Guillermo Feliú Cruz y Omer Emeth [artículo] Salvador Reyes.

## **AUTORÍA**

Reyes, Salvador, 1899-1970

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1969

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Guillermo Feliú Cruz y Omer Emeth [artículo] Salvador Reyes.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile